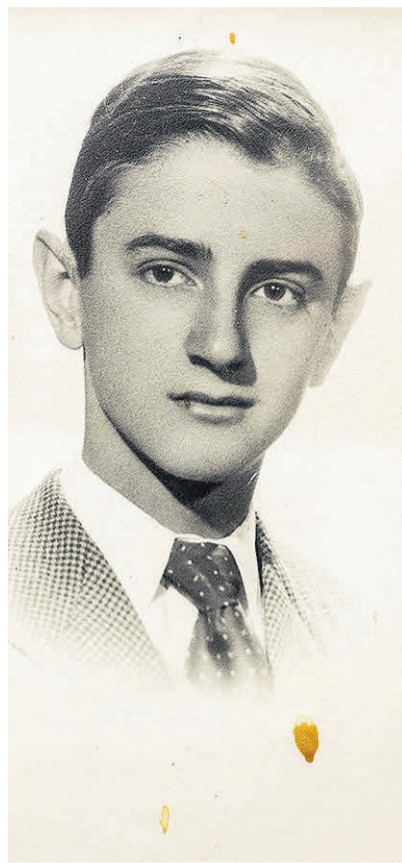


No presiden, no representan, no quieren foco... Pero son parte esencial de esta ciudad. La crónica de Burgos se escribe en las vidas de quienes ayudaron a construirla. Estos son algunos de esos hombres y mujeres y esta es (parte de) su historia

como responsable de la formación religiosa de todo el colegio. Y le pegamos un giro al centro a todos los niveles. Me fui serenando, recolectando y descubrí que la experiencia de Bruselas e Israel había sido un regalo. Reconocí que la fe cristiana tiene una base que es lo humano; y que si no hay fe humana, esa fe no se sostiene y se convierte en droga. Jesús de Nazaret fue humano y nos han vendido el astronauta y el de las normas y las leyes».

La experiencia de Valladolid fue extraordinaria y rica. «Cambiamos el modo de trabajar en los colegios de toda Castilla y León. Empezamos una línea más abierta. Éramos 35 jesuitas que nos reuníamos una vez al trimestre. Y tuvimos muchos problemas, enfrentamientos con las familias y con los mismos jesuitas. Nosotros defendíamos que lo de antes no valía. Que debíamos ir a algo nuevo, aunque no supiéramos lo que era. Y mira por dónde, ese esquema se extendió por todos los colegios de la Compañía de Jesús en España. Fueron años de una riqueza tremenda. Y empecé a trabajar con universitarios, con quienes compartí la experiencia de la Transición. Fue precioso. En aquella época, las comunidades cristianas de base nos reuníamos de forma clandestina con el Partido Comunista, con el PSOE, con toda la izquierda en el convento de San Pablo de los dominicos. Fuimos respondiendo a las realidades que nos iban presentando. Abrimos camino. Asumimos que la dictadura de Franco ya no tenía ni pies ni cabeza». En Valladolid estuvo hasta 1978, año en el que el provincial le sugirió la idea de irse a Canadá a proseguir con su formación, previo paso por la Gregoriana de Roma. En Quebec pasó cinco meses, pero aquello era primerísimo mundo y Manolo Plaza sentía que su lugar debía estar en lugares más menesterosos. Ya tenía América Latina en mente. Con todo, regresó a España con la idea de fundar un centro como el canadiense. Lo intentó en Valladolid, en vano. Sucedió lo mismo en Logroño, en Santander. Pues a Burgos. Era el año 1979. Se hizo cargo de la Congregación Mariana para darle el gran giro y convertirlo en un centro nuevo. Así fue. «De los 300



Manolo Plaza, con 18 años.

congregantes, se quedó una chica. Las familias protestaron...». Así nació el Centro Ignacio de Espiritualidad -que más adelante cambiaría ese nombre por el actual-; un centro en el que, explica Plaza, «fe y justicia son inseparables y es necesario el diálogo con la sociedad. Aquello fue un cañonazo en Burgos y tuvimos enfrentamientos con la máxima autoridad de la ciudad».

EL SALVADOR. Si Bruselas e Israel influyeron definitivamente en su vida, conocer la realidad de América Latina constituyó para Manolo Plaza el más radical cambio. «Recibí una carta de la UCA (Universidad Centroamericana José Simeón Cañas) de El Salvador pidiéndome que fuera allí a trabajar, a hacer ejercicios y charlas». Era el año 1985. El Salvador estaba en guerra. Y aquel oasis de fe y justicia era el estilete de la Teología de la Liberación. Rompió la carta. Nadie se enteró de la invitación; pero ésta se repitió al año

«Hay que guardar en el corazón las experiencias amorosas de la vida; nos hacen fuertes frente a la muerte»

«El papa Francisco es un regalo para la Humanidad, no sólo para los católicos. Nos invita a soñar»

siguiente. Y Manolo Plaza cruzó el charco. Pasó un mes allí, Navidad incluida. «Había oído cosas sobre aquellos jesuitas de El Salvador, sobre El Salvador... Pero lo que viví me cambió para siempre». Se empapó de aquel ambiente hostil, violento y peligroso en el que sus compañeros desarrollaban su labor educativa y espiritual. «Daba mis charlas en la capilla de la UCA; en las ventanas, sentados, estaban 'los ojeas', la policía secreta. Cada día, en lugar de comer con los demás jesuitas, me llevaban a los barrios, donde me contaban las barbaridades que había hecho el ejército con ellos... En mis charlas se llenaba de gente. Jon Sobrino, muy gracioso, decía que había conseguido que la gente fuera puntual», apunta.

De El Salvador fue a Guatemala unos días y de allí regresó a España «muy tocado». Así que en los veranos de los años siguientes -87, 88, 89, 90...- no faltó a su cita con El Salvador. «Me marcó profundamente.

Descubrí que una experiencia cristiana y los pobres es inseparable. Que si hay pobreza en el mundo es porque hay estructuras inmorales que matan. Y que eso no puede ser voluntad de Dios. Dios nos quiere a todos pero ha tomado partido por los débiles, que son los pobres. En esta vida, ser creyente es intentar vivir esto. Así que un centro como el nuestro es fe, justicia y cultura».

En el verano del 89, comenzando un pollo a la española con Ignacio Ellacuría, le preguntó a este si tenía miedo de que lo mataran (había sufrido hasta 40 atentados). «Y 'Llacu' me dijo que tenía miedo de que le secuestraran y le torturaran, pero que no creía que fueran a matarlo». Se equivocó el líder jesuita: en noviembre de ese año Ellacuría, Ignacio Martín, Segundo Montes, el burgalés Amando López Quintana y Juan Ramón Moreno fueron asesinados en el campus de la UCA. «Recibí la noticia en Burgos. Me quedé sin palabras. Cuando regresé a El Salvador vi la sangre en las paredes, los agujeros de los tiros... Todo ello me reforzó la idea de que la experiencia creyente en Jesús de Nazaret lleva a humanizar este mundo. Y si no lo hacemos, qué coño estamos haciendo en esta vida. Es lo que pasa en la política de hoy: no es un problema ideológico, es que falta humanidad, respeto a la persona, al diferente. El problema de los cristianos es que vamos desde arriba a hacer caridad con los de abajo. Y ni Jesús de Nazaret ni Ellacuría se pusieron nunca arriba: caminaron con el otro. Eso es lo que dice el Papa Francisco en su encíclica 'Fratelli Tutti'. El Evangelio, si no tiene una referencia a los pobres, me parece un cuento de dibujos animados que nos han inventado, y lo digo con todo el respeto. Y es curioso porque en todos estos años, cosas que decía yo y otros jesuitas, otros religiosos y laicos y por lo que nos miraban así como raro, ahora se ven como normal porque las dice el papa Francisco». Un papa, a la sazón jesuita, a quien Manolo le tiene mucha fe: asegura que ha cambiado muchas estructuras de la Iglesia, que su papado es un proyecto que dejará un legado impresionante. «Es un regalo para la Humanidad, no solamente para los católicos. Que

nos invite a soñar es la única manera de cambiar la Humanidad. Sin sueños no hay proyectos, sólo se resuelve lo inmediato».

Manolo Plaza ha regresado a Centroamérica otras 17 veces, sin dejar de dirigir en Burgos el Centro Ignacio Ellacuría, el Comité Óscar Romero y el Foro Tender Puentes que ha relacionado a creyentes y no creyentes, a izquierdas y derechas desde el diálogo y la convivencia. «He tenido la suerte, el regalo, de haber vivido unas experiencias muy fuertes que me han enriquecido mucho, me han dado una visión amplia de la vida. Me parece que es importantísimo saber dialogar, reconocer las diferencias y asumir que el otro puede tener parte de razón, sea creyente o no, sea de izquierdas o de derechas, sea musulmán, agnóstico, ateo... Uno de los grandes regalos ha sido el trato con los laicos. Sus vidas han sido un tesoro para mí, más que los libros. Lo que sé lo he aprendido de los otros. En mi trabajo de acompañamiento es donde más he aprendido; de su cariño y de su sufrimiento. Dios tiene un lenguaje humano».

Aunque se siente libre, le gustaría serlo todavía más. «La vida viene no como la pensamos, sino que es sorpresa. Tienes sus momentos difíciles, para algunos -no para mí, que he sido un privilegiado- es muy dura». También piensa en la muerte. «A veces siento miedo. Si me enfrento con el Dios que tenía cuando era jovencito no me atrevo a morir. Con el Dios que he ido aprendiendo es otra cosa. Es un Dios que tiene entrañas de padre y de madre. Lo vivo sin tragedia. Por eso es importante guardar en el corazón las experiencias amorosas de la vida, y eso nos hace fuertes frente a la muerte». La puerta del despacho de este lujo humano que es Manolo Plaza siempre está abierta: a todo y a todos. Desde la calle se ve luz al otro lado del ventanal, y resulta inevitable recordar el verso de Luis Rosales al levantar la mirada e imaginarse a este jesuita allí, trabajando por un mundo más justo y más humano. Imposible no recitarlo en voz baja como quien musita una plegaria:

'Gracias, Señor. La casa está encendida'.



COMERCIAL CORTÁZAR
www.comercialcortazar.com

DECORAMOS | PROYECTAMOS | INFORMAMOS | SOLUCIONAMOS
MATERIALES DE 1ª CALIDAD para particulares y profesionales de la decoración

Financiamos tus compras hasta 9 meses sin intereses

Ctra. Madrid - Irún, km. 233 Alto de la Varga - 947 20 36 37

¡Consúltanos!